

VISIÓN CUBANA DE UN CONFLICTO FINISECULAR

Dr. Óscar Loyola Vega
Departamento de Historia de Cuba
Universidad de La Habana

Sólo treinta años separan las fechas de 1868 y 1898. No ya en la vida de los pueblos o en el decursar de las naciones, ni tan siquiera en la del hombre, tres décadas constituyen demasiado tiempo. Sin embargo, en lo que a la historia de Cuba se refiere, este lapso ha marcado la realidad antillana, determinando no sólo su devenir sino, de manera principal, conformando los estereotipos nacionales que animan la historia del siglo xx insular. Período de las luchas anticolonialistas; etapa de las revoluciones de liberación nacional; época histórica de José Martí; éstas, y algunas otras denominaciones han recibido los treinta años finales del XIX cubano. Su valía —dada no tan sólo por desplegarse en ellos la lucha por la creación del Estado Nacional, sino también por constituir el verdadero comienzo del desarrollo capitalista en Cuba— supera con creces su duración en tiempo¹. De todas las etapas por las que ha atravesado la nación caribeña, el período 68-98 (no hace falta nombrar el siglo, muestra de su importancia) es el que más ha contribuido a la construcción de su memoria histórica nacional.

Casi desde los mismos inicios del combate por la asunción de la soberanía, es decir, desde la arrancada un 10 de octubre de 1868 de la Guerra de los Diez Años, la imagen, las visiones del conflicto cubano-español comenzaron a ser reflejadas por los sujetos sociales insulares inmersos en ella, fuesen o no promotores de la separación insular. Prensa antillana, literatura nacional en todos sus géneros y sobre todo, experiencias personales de los actores sociales, se dieron a establecer, a

¹ Si bien el régimen de plantación esclavista representa un subsistema generado por el desarrollo del capitalismo, sólo después de la efectiva abolición de la esclavitud en 1886, gracias a la disponibilidad de mano de obra y al proceso de concentración-centralización, es que puede hablarse de un verdadero desarrollo del capitalismo en Cuba.

decantar, a seleccionar, de entre los momentos capitales de la magna gesta, aquellos elementos que reforzaban la visión particular (ya fuese individual o colectiva) de la contradicción que la historiografía ha dado en llamar metrópoli-colonia². Dicho de otra manera, la construcción para la posteridad del decursar histórico del periodo 68-98 fue elaborada casi simultáneamente con la sucesión histórico concreta de los acontecimientos. Minimizada en su trascendencia por unos, magnificada hasta la exacerbación por otros, la etapa señalada opera como un punto de partida en la trayectoria nacional y como expresión suprema de la imposibilidad de continuar dentro de una determinada realidad social. Los mismos elementos, idénticas situaciones, han permitido una construcción histórica hartamente diferente a ambos lados del Atlántico.

Para entender en toda su dimensión la evolución de los sucesos finiseculares en Cuba y su subsecuente trascendencia debe, a mi juicio, hacerse hincapié en tres aspectos que enmarcan el decursar histórico insular en el siglo XIX y que graban con su impronta la visión y la óptica con que se analice el fin de la centuria. Sin mencionarlos pretendiendo jerarquizar su importancia, dichos aspectos serían:

1. La realidad del ciclo productivo cubano, caracterizado durante muchas décadas por la existencia de la plantación esclavista; vale decir, la producción de materia prima para un mercado mundial en constante ampliación y desarrollo sobre la base de mano de obra esclava³. Los problemas tecnológicos y de complementariedad entre Cuba y España que tal realidad implica han sido suficientemente estudiados por la historiografía de ambas naciones. Lo que sí es imprescindible destacar, una vez más, es el hecho de que la plantación se fomenta en la isla con capital autóctono, no metropolitano. Las consecuencias que se derivan de esta situación, por la cual los grupos de poder en una colonia son económicamente más solventes que los similares de la metrópoli, conforman la visión que del hombre español se tenga en Cuba. Una clase social poderosa y llena de orgullo construye la imagen de un español identificada como «un gallego sucio y en alpargatas»⁴.

² En este caso específico, uso el vocablo «historiografía» en su sentido de disciplina que estudia los acontecimientos históricos. Si fuera necesario, en otro párrafo se aclararía su empleo con diferente significación.

³ Un excelente análisis sobre los presupuestos teórico-metodológicos que implica la plantación esclavista se encuentra en el libro de Manuel Moreno Fraginals *El Ingenio*, publicado en La Habana por la Editorial de Ciencias Sociales, en 1978, en particular el tomo uno.

⁴ El desconocimiento de la riqueza regional española, y la gran pobreza económica de los emigrados de Galicia, hizo que los cubanos, un poco despreciativamente y un poco

2. El retraso histórico de la independencia cubana en relación con el proceso de creación de los estados nacionales en Latinoamérica Por razones harto conocidas, los esclavistas cubanos no promovieron la separación de España en el primer tercio del siglo⁵. Toda una generación hubo de esperar para ver la plasmación insurreccional de un alzamiento anticolonial, ya en los años sesenta. Dicho alzamiento no culminó con el establecimiento de un Estado Nacional. Pospuesta nuevamente, la liberación del *statu* colonial debe esperar hasta 1895 como posibilidad histórica En su derredor, otros proyectos de cambio social tratarían de obtener la preminencia. El retraso señalado, la sucesiva posposición de la creación de un estado autóctono, contribuyeron enormemente a dibujar la imagen de una nación cuya fundamental razón de ser se expresaba a través de una constante reafirmación de la identidad nacional, por oposición al «otro», es decir, al no cubano. Imagen a cuya formación ayudaron de manera notable no tan sólo el independentismo sino también los grupos promotores del reformismo finisecular.

3. La lenta pero creciente relación que en la economía y en la cultura se establece, a todo lo largo del siglo, entre Cuba y los Estados Unidos de Norteamérica. Débil en sus inicios, tremendamente fuerte en sólo pocas décadas, el vínculo entre ambas naciones contribuyó poderosamente a aflojar los lazos que unían a España y Cuba, no ya tan sólo en la realidad de la dependencia política, sino en algo más notable: en la esfera de las mentalidades⁶. Una corriente de fondo en el imaginario popular comenzó a identificar libertad y soberanía con el poderoso vecino del Norte, imagen reforzada por la creciente dependencia económica insular del mercado estadounidense. Las cifras aterran: de una exportación a Estados Unidos en 1815 del 16,05% de la producción azucarera insular, se pasa al 90,75% en 1898⁷. El enorme desarrollo de las fuerzas productivas en la nación sajona y los documentos normativos de su estructura política, ejercen no poca fascinación entre ciertos

afectivamente, identificasen a todos los españoles, sobre todo cuando se quería ofenderlos, con el gentilicio de gallegos.

⁵ El ciclo independentista americano (quizás sería mejor decir los ciclos) aparece excelentemente estudiado en Sergio Guerra Vilaboy, *El dilema de la independencia; las luchas sociales en la emancipación latinoamericana (1790-1826)* Escuela de Historia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, México, 1993.

⁶ Francisco de Arango y Parreño, excelente estadista y economista cubano, ya había previsto en fecha tan temprana como 1792, la futura expansión de los Estados Unidos, y el peligro que esto podía representar para Cuba. Véase su «Discurso sobre la agricultura en La Habana y medios de fomentarla».

⁷ Moreno Fraginals, M. Ob. Cit., series estadísticas del tomo III.

sectores de la sociedad antillana, en dependencia variable según su grado de vinculación con Norteamérica. El interés por definir la relación futura Cuba-Estados Unidos ocupó un lugar privilegiado dentro de la política exterior norteamericana. Y las corrientes de pensamiento de la isla se vieron así obligadas, fuesen promotoras de un cambio social abrupto o impulsoras de una evolución gradual dentro del sistema español, a tener muy en cuenta una posible absorción de la realidad nacional por los Estados Unidos, y por tanto, a trazar estrategias de cambio social consecuentes con dicha posibilidad. El cubano debió entonces definirse, y definir su «ser nacional», en consonancia con una alteridad siempre presente, ajena a la alteridad Cuba-España. Todo el hilo del discurso finisecular se encuentra determinado por esta realidad. De ahí su constante presencia en la visión del conflicto enmarcado entre 1868 y 1898⁸.

De la hibridación de los tres elementos anteriormente señalados, en presencia de otros muchos de importancia menor, pero efectiva, fue surgiendo la imagen específica conflictual.

No quiere esto decir que el fenómeno de la plantación, el retraso histórico en la independencia, y las relaciones con los Estados Unidos determinasen la realidad cubana a fines del siglo. Pero los tres juntos sí enrumbaron los derroteros del independentismo marcando su decursar, estableciendo sus concepciones y señalando sus metas futuras. Y no sólo el independentismo, sino también el reformismo (el llamado autonomismo insular) fue grandemente influido por las realidades descritas, que pasaron a integrarse al *corpus* ideológico de ambas corrientes de pensamiento⁹.

Un cambio social en Cuba que diese a sus naturales plena participación en los mecanismos de dirección política antillana, y una adecuada realización económica, debió enfrentar, de manera progresiva, dos tareas insoslayables; la efectiva integración del negro dentro de la sociedad insular, en igualdad con el blanco, y prever la absorción de la nación por parte de la economía y la civilización norteamericana¹⁰. Tanto el autonomismo como el independentismo tuvieron que hacer frente a

⁸ Por las razones apuntadas, y muchas más, la corriente de pensamiento anexionista se mantuvo en el sustrato ideo-político cubano a todo lo largo de la etapa del movimiento de liberación nacional, desde Carlos Manuel de Céspedes hasta José Martí, siendo duramente combatida en gran cantidad de escritos de esta figura.

⁹ Una lectura cuidadosa de los documentos programáticos de las diferentes corrientes de la época refleja la validez de tal aserto. Véase como muestra el *Manifiesto de Montecristi* redactado por José Martí y Máximo Gómez, del 25 de marzo de 1895, o el *Programa del Partido Liberal*, propuesto el 1ro de agosto de 1878, aprobado por la Junta General del mismo pocos días más tarde.

¹⁰ Martí, José. *Bases del Partido Revolucionario Cubano*, 5 de enero de 1892.

esta realidad. Con el agravante para el segundo de que el retraso histórico cubano fue conformando, a todo lo largo del siglo, una justa exacerbación de las ansias independentistas que llevaron en el seno de sus defensores a una magnificación imponderada de las virtudes, méritos, posibilidades y proyecciones ideológicas del insurrecto cubano, vale decir, del combatiente mambí. Todo ello por oposición a España, o, si se prefiere, al soldado español. Es necesario aclarar que ninguno de los verdaderos dirigentes del movimiento de liberación nacional cometió el error de subestimar al ejército madrileño, o a la política que desde la capital metropolitana se generaba¹¹. Pero a escala popular, dentro del imaginario del simple soldado, la visión que se tenía de la situación antillana implicaba la exageración de los méritos propios, en detrimento de la valoración objetiva del grupo opuesto. Literatura y prensa se encargaron de reforzar tal concepción en los pocos momentos en que España permitió, en Cuba, una efectiva libertad de expresión.

A crear una imagen que deformaba ciertos contornos de la realidad contribuyó poderosamente el sector de los emigrados cubanos, con fuertes enclaves en América Central, las Antillas, y la Península ibérica, pero sobre todo en los Estados Unidos. Allí, la expresión popular fluía con casi entera libertad, y las tradiciones que empezaban a crearse recibían su conformación mayor. Las habituales reuniones de excombatientes, siempre dispuestos a reanudar la lucha, y los órganos de prensa a través de los cuales estos reflejaban sus opiniones, señalaron rápidamente los rumbos del imaginario popular en torno a la visión del conflicto Cuba-España. Conflicto, por demás, mal enmarcado: los términos contrapuestos del problema a resolver nunca fueron, en verdad, España y Cuba; ambas naciones eran, históricamente hablando, inseparables, en lo que a lengua, cultura, tradiciones y sicología nacional y afectividad mutua se refiere. La dicotomía debe establecerse entre colonia y metrópoli, o, si se prefiere, entre opresión y soberanía. contenidos que reflejan de manera mucho más adecuada la realidad histórica. Pero la carga emotiva nacionalista en torno a la creación del Estado cubano identificó el problema a resolver con la dicotomía España-Cuba, desgarrante y doloroso para un importante sector de los combatientes de ambos bandos¹². El decursar histórico trajo la proliferación de expresiones

¹¹ El Mayor General Máximo Gómez, primera figura militar de la revolución anticolonial, jamás cometió el error de subvalorar al soldado español, de lo cual aparecen muy buenas pruebas en su correspondencia particular, y en su *Diario de campaña*.

¹² Necesariamente tenía que ser dolorosa, en una nación en que, sólo una generación atrás, los padres eran españoles, como fue el caso de Cuba. La revolución enfrentó el senti-

como «pillo manigüero», «negro degenerado» o «malos hijos» aplicados a los cubanos por intransigentes españoles; y «bodegueros», «uñas sucias» y «brutos y groseros» empleados por los mambises para designar a los ibéricos¹³. Con independencia de la validez histórica del conflicto, incuestionable desde el punto de vista de la razón, la óptica con que cada bando combatiente se contemplaba, se aceptaba o se rechazaba, fue construida a la par que transcurría el decursar histórico. Y así ha quedado transmitida para la posteridad.

Enmarcar el 98 obliga a precisarlo. Y precisarlo implica establecer sus antecedentes. Cualquier acercamiento a la realidad cubana en la segunda mitad de la pasada centuria debe tener muy presente que los intentos por plasmar históricamente la opción independentista dividen la etapa en tres momentos, absolutizando los elementos político-ideológicos:

- El período que va desde 1868 hasta 1880, conocido como Guerra de los Diez Años y Guerra Chiquita, en el cual la lucha de liberación determina el rumbo histórico¹⁴.
- Una etapa muy imprecisa, pero susceptible de fecharse entre 1880 y 1895, denominada Tregua Fecunda, o Periodo Interguerras.
- El renacer del combate anticolonial, y la intervención norteamericana en la contienda cubano-española, que transcurren entre los años de 1895 y 1898.

Cada una de las partes constituyentes de la periodización expuesta es susceptible de amplios estudios *per se*, y de hecho lo han sido¹⁵.

miento nacional de hijos cubanos y padres ibéricos, con el consiguiente desgarramiento anímico.

¹³ Tales expresiones han sido extraídas de la prensa, tanto nacional como regional, y de la correspondencia particular de independentistas e integristas. Otros denuetos del lado cubano, fueron «alpargatero», «Panchos», «asnos», «peseteros», y del lado español «indios», «infieles» y «mambises», en la arrancada del 68.

¹⁴ Si bien la Guerra del 68 y la Guerra Chiquita constituyen dos momentos bélicos diferentes dentro del movimiento de liberación nacional cubano, para este autor ambas representan una y la misma cosa, en tanto la segunda repite, y magnifica, los yerros y desaciertos cometidos por los independentistas en la primera de ellas. La etapa de 1868-1880 se presenta así como un periodo homogéneo, con gran coherencia interna, a los prismas de la estructura y la organización revolucionarias.

¹⁵ La literatura dedicada a las luchas independentistas producida en y desde Cuba es aplastante. Sirva de ejemplo el que, sólo para la Revolución de 1868, existen más de 1500 títulos registrados.

Pero la validez o no de la solución independentista ha sumergido en un segundo plano la posibilidad de otras periodizaciones, según se priorice el elemento cultura como fundamental, o el elemento de la evolución económica, póngase por caso. En esta segunda posibilidad —la evolución económica insular— debe tenerse en cuenta que los años ochenta representan, por múltiples razones, la etapa del despegue capitalista en Cuba; dicho de otra forma, el verdadero comienzo de las relaciones de producción capitalistas. La vinculación de este elemento con los nexos comerciales con Estados Unidos, y la posibilidad histórica de un entendimiento entre los grupos de presión cubanos y sus similares de España, constituyen una parte fundamental de la historia de la época, sobre todo por sus consecuencias ulteriores, ya en el siglo xx. Sin embargo, la creación o no del Estado nacional ha sido determinante en la conformación de una imagen sobre aquellos tiempos, oscureciendo otras realidades. Como sustrato, subsumida en un discurso que apenas la hacía presente, la realidad socio-económica insular conformó aspectos capitales de los cuerpos ideológicos doctrinales. Abolición de la esclavitud, aumento de inversiones extranjeras, conversión del ingenio en central, desarrollo de la infraestructura, transformaciones económicas perspectivas, si bien no desaparecieron (no podían históricamente hacerlo), cedieron el paso ante el discurso político de la reforma o de la liberación nacional.

Se hace evidente que una exacerbación de los elementos componentes del independentismo insular tenía necesariamente que influir, de manera notable, en la tabla de valores con que se enjuiciasen los acontecimientos diversos de la contemporaneidad, y, sobre todo en las figuras relevantes de la época, fuese cual fuese su ámbito de acción. Finalizada la guerra de los Diez Años, la no creación del Estado cubano trajo, durante mucho tiempo, un indiscriminado intercambio de acusaciones mutuas, responsabilizándose a eminentes partícipes del movimiento insurreccional con la firma de una paz sin independencia¹⁶. La adecuada reflexión, la valoración ponderada, el análisis objetivo de las causas y factores que impidieron plasmar la soberanía nacional, fueron, en gran medida, sustituidos por graves inculpaciones, individuales o

¹⁶ Una de las figuras más tremendamente golpeadas por las valoraciones subjetivas señaladas fue Máximo Gómez, quien debió escribir en Jamaica, en 1878, su trabajo *Convenio de Zanjón, relato de los últimos sucesos de Cuba*, para aclarar lo acontecido, y refutar las culpas que se le achacaban. Este Opúsculo constituye una pieza capital para entender los problemas internos de la insurrección cubana, y no pudo ser rebatido en sus contenidos, debido a la proverbial honestidad con que fue redactado por Gómez.

colectivas, que también ayudaron grandemente a conformar una cierta imagen del conflicto que se movía entre valorar a este como el terreno particular de unos cuantos caudillos militares, los que convertían a la Patria en un cuartel (opinión sustentada por los revolucionarios civilistas) y el criterio de que toda forma legal jurídicamente estructurada, equivalía a una renuncia, a mediano plazo, a los postulados radicales, (viriles, se diría) de los combatientes efectivos, criterios estos sostenidos por los antiguos militares. Todo acontecimiento posterior, en mayor o menor medida, debió hacer frente a tal dicotomía que fue magnificada por la prensa insurrecta. El eco de la controversia entre militares y civiles al calor de un movimiento nacional-liberador se muestra de cuerpo entero en la abundante producción epistolar de los años interguerras: el tema, de suyo recurrente, anima la escritura de cartas que, inclusive, son en apariencia puramente familiares¹⁷. Y todo esto trajo, dentro del naciente imaginario popular generado por la lucha anticolonial, que los términos de masculinidad, energía, firmeza, y por extensión, patriotismo, independentismo y heroicidad, se asociasen e identificasen con el sector militar de los insurrectos cubanos.

No menos importante resulta destacar que, a pesar de sus diferencias internas, civiles y militares operan como un bloque fuerte, de aplastante peso, si se comparan con el sector no independentista de la sociedad cubana. Los antiguos insurrectos fueron identificados, casi desde los propios inicios del combate anticolonial, como los únicos portadores de un sentimiento nacional válido, trascendente¹⁸. Toda aquella figura que no se manifestase a favor de la independencia patria, proviniese o no de un ámbito de acción política, comenzó rápidamente a ser demeritada, y considerada como «colateral» dentro de la realidad histórica nacional. En una época que demandaba un cambio social profundo, literatos, periodistas, científicos diversos, no participes de la lucha en los campos de Cuba, vieron disminuidas grandemente sus posibilidades de ejercer una efectiva influencia social, aún cuando tuviesen sus órganos corporativos de expresión. La tremenda conmoción que

¹⁷ Excelente ejemplo del trasfondo que animaba tales controversias se encuentra en la polémica sostenida en Cuba y Estados Unidos por José Martí, de una parte, y Enrique Collazo y Ramón Roa (en tanto excombatientes con graduación militar) por la otra, en torno al libro de Roa recién publicado *A pie y descalzo*, considerado por el Apóstol como susceptible de desanimar a los futuros combatientes independentistas.

¹⁸ Para entender cómo pensaba al respecto un oficial mambí de graduación elevada, amante irreductible de la independencia, y oriental por demás, consúltese de José Abreu y Elía Sintés su *Julio Crave de Peralta, Documentos de la Guerra de Cuba*, publicado por la Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1988.

provocaron la Guerra de los Diez Años y su continuadora, la Guerra Chiquita, determinaron una imagen de la realidad cubana en la que sólo aquellos propulsores de una solución violenta a las contradicciones que agitaban a Cuba, eran dignos de ser considerados «patriotas». Este concepto, de elevado sentido en cualquier país, precisamente por no serlo aún la isla de Cuba, quedó reservado en la prensa y en la literatura para aquellos ciudadanos que impulsaron, o que se mostraban dispuestos a impulsar, un movimiento armado. Se llegó, incluso, a establecer una identidad absoluta entre el concepto de cubano y el de mambí, excluyendo de la cubanía a los individuos no promotores de una insurrección. Llama la atención que no sólo la prensa emigrada se dedicase a forjar tal presupuesto: la literatura de la época también contribuyó grandemente a hacerlo¹⁹. Y por supuesto, la abundante producción de escritos históricos que tiene lugar a raíz de 1878 se centró en los problemas relacionados con la validez del independentismo. En aquellos momentos, la historia retomó en Cuba su función inicial, primigenia, de historiar la contemporaneidad, y de construir la imagen de esta.

Por su parte, los gobiernos españoles de la Restauración contribuyeron en buena medida a que, desde Cuba, se crease una imagen poco objetivada del conflicto. A pesar de los intentos del General Arsenio Martínez de Campos por normalizar el funcionamiento de los aparatos de control gubernamentales, y dar una mayor participación a los insulares en ellos, nada eficaz que contribuyese a cambiar la imagen conflictual se hizo. La política cubana de Antonio Cánovas del Castillo no lo facilitaba. Desde Madrid tanto el hilo del discurso político en las Cortes, como gran parte de la prensa que podía crear estados de opinión, empleaban muy crudas expresiones sobre los exinsurrectos antillanos. Mas grave aún, todo intento desde o en Cuba por solicitar de España una reformulación del *statu* antillano era mayoritariamente identificado en la Península con los postulados del independentismo, y por ende, vilipendiado. Si se revisa con cuidado la producción escrita de aquellos años, llama poderosamente la atención la gran cantidad de denuestos aplicados desde Madrid a figuras cubanas muy alejadas de simpatizar con la creación del Estado Nacional. Diríase que en España no se quería distinguir entre independentistas y liberal-reformistas. Esto no era beneficioso para ninguna de

¹⁹ Manuel de la Cruz, en sus *Cromitos Cubanos*. La Habana, Tipografía de La Lucha, 1892, constituye un claro ejemplo de la creación, por la literatura, de un imaginario popular mítico sobre las principales figuras de la época histórica. La gran divulgación de esta obra compuesta por pequeñas viñetas de personas relevantes, contribuyó grandemente a separar a independentistas de liberales reformistas.

las partes. Los reformistas, a pesar de su negativa (por lo menos, inmediata) a abogar por la creación del Estado, no podían por menos que señalar las grandes deficiencias del sistema colonial español²⁰. Con lo que los independentistas podían acusarlos, no sin una buena dosis de razón, de inconsecuencia política, y traspolando el concepto, de inconsecuencia patriótica. La negativa española de revisar a fondo el sistema colonial, y los fuertes epítetos empleados contra los promotores autonomistas de dicha revisión, dieron poderosas armas a los independentistas, que pudieron así constreñir el significado del patriotismo en aquellos momentos únicamente al *corpus* que conformaba su ideología política²¹.

El decursar histórico, expresado en la necesidad de un fuerte cambio social en Cuba agudizó los términos del conflicto entre la metrópoli y la colonia, y, algo muy importante ya señalado, la visión sobre el conflicto —entendiendo a éste en su devenir, es decir, proyectándolo hacia un futuro cercano— se fue construyendo a la par que el propio decursar. No pocas de las figuras importantes del independentismo, una vez finalizada la década del 68, dejaron sus memorias o publicaron materiales con pretensiones históricas que enardecieron a un pueblo ansioso por constituirse en nación independiente²². Los sufrimientos pasados en la guerra; la miseria resultante; la destrucción de los campos; el hambre terrible de las ciudades; la muerte, compañera inseparable del combatiente, siempre presente en la manigua; y muchos otros elementos comunes a las guerras nacionalliberadoras, pasaron a un segundo plano en la conformación de un imaginario nacional indepen-

²⁰ Resulta increíble que los líderes del reformismo llegasen a plantear algunos análisis tan demolidores sobre el colonialismo español como los que pueden leerse en Rafael Montoro, *Discursos políticos y parlamentarios*, Filadelfia, Compañía Levitype, 1894, o en Antonio Govín, *La autonomía colonial*, La Habana, Imprenta de El Retiro, 1887, sin devenir en promotores de la opción independentista.

²¹ El combate en la esfera de las ideas entre independentismo y reformismo se percibe de cuerpo entero en diferentes trabajos de José Martí, publicados en *Patria*, tales como «Autonomismo e independencia», del 26 de marzo de 1892; «Ciegos y desleales» del 28 de enero de 1893; «¿Conque consejos, y promesas de autonomía?», del 10 de abril de 1893; «El plato de lentejas», del 5 de enero de 1894; o el maravilloso «Ah, de los jinetes!», del 17 de noviembre de 1894.

²² Ya ha sido mencionado, en esta dirección, *A pie y descalzó*, de Ramón Roa Pudiera también nombrarse un libro que «hizo época», *Desde Yara hasta el Zanjón*, que vio la luz en La Habana, por la Tipografía de La Lucha, en 1893; y otros dos «clásicos» del independentismo: *El 27 de noviembre de 1871*, sobre los estudiantes de medicina vilmente asesinados, de Fermín Valdés Domínguez, publicado en La Habana en 1887 por La Imprenta la Correspondencia de Cuba, y *La república de Cuba*, de Antonio Zambrana, que divulgó el funcionamiento interno de los órganos republicanos de la revolución, y que fue editado en la Librería de Néstor Ponce de León, en New York, en 1873.

dentista. Las innegables virtudes de los insurrectos; su inquebrantable decisión de hacer la patria libre; la altísima cuota de sacrificios personales que en el altar de la nación ofrendaron, tiñó de verdaderas glorias, y en algunos casos de falsos oropeles, la visión objetiva de una parte de los sectores contendientes. Las anécdotas heroicas, que lógicamente pudieron ser muy abundantes en diez años de cruento batallar, sustituyeron en no pocos casos el análisis ecuánime (que en lo más mínimo quiere decir «frío») sobre las causas que impidieron la victoria²³. La palabra «derrota» no fue empleada. Se prefirió, históricamente, culpar a los pactantes mambises del Convenio del Zanjón por el hecho de que la guerra finalizara. Paralelo a esto, el estudio serio e imparcial sobre la actuación militar del ejército metropolitano fue sustituido por el anecdotario —con una gran base real— de las atrocidades cometidas en campaña por los militares españoles. Esto reafirmó, de manera perspectiva, un sentimiento nacional anticolonialista, no exento de muy gruesas expresiones sobre el español, en tanto ser humano. Por extensión, todo cubano que tratase de lograr una avenencia entre ibéricos y antillanos, una vez finalizadas las dos primeras guerras, aún cuando fuese sobre la base de obtener importantes reformas en el statu quo insular fue identificado como antinacional, y gestor de una política de dependencia, poco aguerrida y viril²⁴. De ahí que, con un imaginario establecido previamente, la Revolución de 1895 se encontró los campos mucho más deslindados que la del 68. O se era «cubano», vale decir, mambí, o se era «español, dando a este vocablo contenidos integristas y reformistas, en simbiosis antihistórica.

Hasta ahora, el análisis sobre la visión del conflicto desde el imaginario cubano ha partido sobre la base de considerar a éste como un producto homogéneo e igualitario, válido para toda la isla. De continuar así se cometería un craso error. Los acontecimientos históricos que dieron lugar a una visión específica de la relación metrópoli-colonia no se desplegaron con la misma intensidad en las diferentes regiones cubanas. Las guerras previas al 95 tuvieron su escenario natural en el Cen-

²³ El imaginario popular en torno al independentismo, y su asunción por amplios sectores de la población insular, se manifiesta en grado sumo en las obras *Episodios de la revolución cubana*, de Manuel de la Cruz, publicada en La Habana, en 1890, y en las viñetas de Serafín Sánchez, que vieron la luz en *Patria*, primero, y luego publicadas en New York en 1894 con el título de *Héroes Humildes*, en las que su autor, futuro Mayor General del ejército mambí y combatiente desde el 68 rinde merecido homenaje a simples revolucionarios a los cuales conoció.

²⁴ Gran información sobre esta manera de juzgar a los no independentistas aparece en la correspondencia del *Fondo Máximo Gómez*, del Archivo Nacional de Cuba.

tro-Oriente cubano, particularmente en la zona comprendida entre la ciudad de Santa Clara y la villa de Baracoa. Al este de la primera, o sea, en el Occidente de la isla, en las provincias de Pinar del Río, La Habana y Matanzas, por razones que no vienen al caso la revolución, la lucha armada, no existió. El teatro de operaciones bélicas de 1868 a 1880 abarcó los territorios de las provincias de Oriente, Camagüey y parte de Las Villas. Las otras provincias anteriormente señaladas no formaron parte de la llamada «Cuba Libre»²⁵.

De suyo se desprende que la creación de un imaginario relativo al conflicto no podía operar de la misma manera en ambas zonas. Mientras que la región oriental quedó casi por completo destruida por las guerras, el Occidente antillano no fue testigo de cruentos combates. Los habitantes centro-orientales llevaron sobre sus espaldas todo el peso y los sufrimientos de la conflagración, mientras que a los occidentales les quedó el amargo sabor de una participación no mayoritaria, sino individualizada. Si a esto se suma la creación de estados de opinión que pudieron realizar en sus regiones los insurrectos desmovilizados, con sus frescas vivencias (lo que por excepción sucedió en Occidente) puede entenderse que existiesen variantes regionales de cierta magnitud en la percepción del conflicto, lo que es reflejado en la prensa local²⁶. Un poco como si se dijese que la «heroicidad» quedó en una parte y la visión realista en la otra, las diferentes percepciones y representaciones sobre los acontecimientos transcurridos explican, en no poca medida, la actitud de los camagüeyanos en su negativa a emprender un nuevo combate, al ser convocados por José Martí y Máximo Gómez en los años noventa. Una región como la del Camagüey, de florecientes potreros y haciendas ganaderas en 1868, de los cuales sólo uno se mantiene en pie diez años después, no tiene una imagen igual sobre la necesidad histórica de independizar la Patria, que la que es susceptible de ser construida en La Habana o en Matanzas, no tocadas por la destrucción de la guerra, y que aumentaron sus principales renglones productivos a lo largo de la misma²⁷.

²⁵ Un adecuado análisis sobre la situación económica cubana al cese de la revolución del 68 puede leerse en Julio Le Riverend, *Historia económica de Cuba*, Edición Revolucionaria, La Habana, 1971, en especial el capítulo XXVI; y en *Historia de Cuba* del Instituto de Historia de Cuba, La Habana, Editora Política, 1996, Tomo II, en particular el capítulo XV.

²⁶ De lo cual es ilustrativo el *Fondo Ayuntamiento* del Archivo Histórico Provincial de Sancti Spiritus, en su legajo 164, expediente 1877, sobre la ocupación de propaganda subversiva.

²⁷ Sobre las dificultades en la incorporación de la región del Camagüey a la Revolución del 95 puede consultarse el trabajo de Fernando Portuondo «Martí, Gómez y el alzamiento

Al igual que lo sucedido con la diferente visión del conflicto provocada por su regionalización, la diversidad étnica en Cuba expresa su existencia a través de múltiples razones. Desde el blanco más claro de tez hasta el color negro muy oscuro, resplandeciente, los habitantes de la isla mostraban una enorme gradación en su piel; esto tenía necesariamente que reflejarse en la percepción del conflicto, sobre todo por la muy heterogénea estratificación clasista de los grupos de mestizos y negros. Si bien estos trabajaban en gran número como esclavos dentro de la producción azucarera, el grueso de los negros y mulatos libres integrantes de la pequeña burguesía urbana y rural era muy fuerte. Para ellos, la materialización del combate representó dos posibilidades de realización social, muy destacables: una revolución en Cuba, o lo era desde sus inicios, o necesariamente tenía que convertirse en antiesclavista, aboliendo la secular institución, con lo que gran número de negros adquirirían su plena libertad, obteniendo el reconocimiento social de «ciudadanos».

Junto a esto, la compañera inseparable de la esclavitud se vería obligada a ceder múltiples espacios; la discriminación racial no podría ser impulsada por un Estado Nacional multiétnico. El cubano negro, perteneciente a los estratos de la pequeña burguesía, sentía sobre sí constantemente el color de su piel²⁸. La revolución anticolonial operó como una gigantesca fragua de integración, de igualdad, en donde la principal condición de ascenso y movilidad venía dada por la utilidad social del individuo, es decir, por su capacidad combativa. Con celeridad, grupos numerosos de negros y mulatos comenzaron a ascender en la jerarquía militar, demostrando sus capacidades. La guerra quedó como una gran prueba histórica de que la coexistencia entre dos razas, en el caso cubano, podía no ya tan sólo ser posible, sino hermosa y necesaria, a los fines de un Estado independiente. Al igual que el imaginario colectivo exageró la visión del conflicto, en sus heroicidades patrias, los hechos protagonizados por hombres no blancos fueron magnificados y exaltados por los cubanos de piel oscura, construyéndose en derredor no pocas leyendas de dudosa verosimilitud. Reales o no, tales historias contribuyeron en buena medida a plasmar una asun-

del 95 en Carnagüey», publicado en su libro *Estudios de Historia de Cuba*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1973, pp. 137-150. También abunda sobre tales diliculdades el libro de Enrique Loynaz del Castillo *Memorias de la Guerra*, La Habana, Editorial de Ciencias, Sociales, 1989, especialmente el capítulo VIII de la Primera Parte.

²⁸ Altamente ilustrativa de la situación descrita es la carta enviada por Antonio Maceo a Salvador Cisneros Betancourt, del 28 de septiembre de 1895.

ción del conflicto en la que las naturales contradicciones provocadas por una difícil integración racial de la nación cubana, cedieron el paso a la heroicidad mitificada de unos cuantos valiosísimos altos oficiales negros del ejército mambí, que pudieran no ser por completo significativas de la situación efectiva del simple soldado negro²⁹. Lo importante de la visión del negro es que añade a la percepción general sobre el conflicto el elemento de considerar la igualdad racial, y la efectiva integración, como algo dado por los blancos cubanos inmersos en la revolución, haciendo dejación de que esos mismos blancos habían defendido —y auspiciado— muchas décadas el régimen esclavista; no fueron los españoles de la Metrópoli los creadores del sistema de plantación en Cuba. Para el negro, luchar contra España era en primerísimo lugar abolir la esclavitud. En gran medida, este signo de igualdad explica el fracaso de los intentos expedicionarios aislados para independizar a Cuba, en los años ochenta, una vez establecido, de manera oficial, el régimen del patronato³⁰.

La proyección hacia el futuro del reflejo del conflicto contó también con una construcción nada despreciable; la imagen de la mujer mambisa con lo arquetipo del sacrificio. Las realidades que debió enfrentar la familia cubana, en medio de un movimiento de liberación nacional, fueron realmente duras. A esto hay que sumar el medio geográfico en el que el combate tuvo que desenvolverse: zonas hubo que el hombre apenas había hollado, y los bosques tropicales no favorecían la presencia de mujeres y niños al lado de los combatientes. Estos se encontraban en una doble situación. Por una parte, mantener a su lado a la familia era una garantía de poder protegerla. Por otra, la familia representaba un lastre para el mambí, para su libertad de movimientos, elemento imprescindible dadas las características guerrilleras de la lucha. El abandono del hogar por muchos hombres, hizo que la mujer asumiese un papel determinante en las nuevas condiciones de vida, y que debiese encargarse no ya tan sólo de sus tareas habituales, tales como

²⁹ A pesar de la abolición del régimen esclavista por la Circular del Ejecutivo Cubano, en diciembre de 1870, las diferencias raciales no se habían eliminado dentro del sector independentista. Como muestra, el *Diario Perdido* de Carlos Manuel de Céspedes recoge, en fecha tal como el 19 de febrero de 1874, que, mientras los blancos bailan en una fiesta, los libertos (esclavos antiguos, liberados desde 1870) tienen otro baile «en un rancho lejano». A más de tres años de abolición, el negro aún no bailaba al lado del blanco, aunque ambos combatiesen a España juntos durante toda la jornada.

³⁰ Lo que se observa rápidamente con una revisión somera de los documentos que, de la etapa 1884-1886, se conrervan en el *Fondo Máximo Gómez*, del Archivo Nacional de Cuba.

la educación de los niños o la preparación de los alimentos, sino enfrentar el propio hecho de su supervivencia, y la de los suyos.

Sin temor a errar, debe decirse que la mujer cubana estuvo a la altura que las tareas históricas demandaban. Provenientes muchas del patriciado urbano, se adaptaron con rapidez a la vida semisalvaje de los montes, prescindiendo de condiciones elementales para sobrevivir. En medio de la manigua, el fantasma de la muerte las acompañó durante diez años, viendo desaparecer a gran cantidad de sus seres queridos. Alguna cubana hubo, como Bernarda Toro, esposa del general Máximo Gómez, que perdió en la lucha a sus padres, siete hermanos y dos hijos pequeños. El enérgico carácter de la mujer antillana se puso constantemente a prueba, sin desmayar en el empeño. Junto a esto, la manera en que el ejército español conducía la concepción globalizadora de la campaña no establecía distingos entre hombres y mujeres, una vez decretada la «guerra a muerte» por el Conde de Valmaseda, el 4 de abril de 1869. Las mujeres abogaron por la igualdad de ambos géneros, en cuanto a derechos y obligaciones ciudadanos se refiere³¹. Todo ello fue creando, sobre la base objetiva reseñada, una imagen de la mujer cubana que reflejaba un patrón de sacrificios, una asunción de la independencia, y una —si se me permite la expresión— misión histórica, que implicaba de manera prioritaria la educación de los hijos en función de la liberación patria. Toda mujer que no cooperase con tan sagrado fin, no respondía a la imagen de la mambisa intransigente, endurecida, siempre dispuesta a cruentos sacrificios. «No quiero lagrimas!» dijo en aciago momento la mítica Mariana Grajales, madre de Antonio y José Maceo. Esta imagen de la mujer como máximo exponente del sacrificio familiar y social, construida desde los inicios del 68, pervivió y se acrecentó durante el trienio 95-98 y, sobreviviendo al siglo pasado, se adentró en la nueva centuria³². Cantada por la prensa, estimulada en múltiples anécdotas literarias, reverenciada en su viudez públicamente, la mujer cubana constituyó un símbolo nacionalista de primera magnitud.

³¹ En abril de 1869, en el poblado de Guáimaro, mientras los delegados revolucionarios discutían la primera Constitución independentista, y establecían las normas jurídicas del Estado Nacional en la manigua, Ana Betancourt de Mora, patricia de Camagüey, abogó en público por la liberación de la mujer, y porque el naciente estado les reconociese sus derechos, con lo que se convirtió en precursora del futuro movimiento feminista cubano, de amplia trayectoria.

³² El libro *La mujer en el 95*, de Armando Caballero, agrupa esbozos de cubanas dedicadas a la causa independentista, con gran acopio de tradiciones populares sobre estas, algunas de las cuales no resisten el menor intento de crítica histórica.

Relevante papel desempeñó la prensa en la construcción imaginaria del conflicto. Los periódicos cubanos, o sobre temas cubanos, de la época, pueden ser, a grandes rasgos, divididos en tres grupos: los de filiación integrista, vale decir, defensores acérrimos del *statu quo* colonial; los de corte independentista, no legales por supuesto, y que abogaban por la separación violenta de España y, en el medio, el múltiple espectro de los periódicos de proyección reformista, con una amplísima gama en sus posiciones. La agrupación propuesta se complica grandemente por la poca homogeneidad de dichos grupos. Los integristas, para ejemplificar, podían ser tanto monárquicos como republicanos, y responder (o simpatizar) en alguna medida con el inabarcable mosaico político español de los años 1868-1874. Es conocida la actitud de rechazo de la burguesía en Cuba a la Revolución de Septiembre, y sus aportes financieros para acelerar el advenimiento de la Restauración³³.

Igualmente, la prensa llamada independentista tenía un amplio diapasón de posiciones ideo-políticas. Generada fundamentalmente en los campos insurrectos y en la emigración, la prensa que abogaba por la separación de España no necesariamente propugnaba la creación del Estado Nacional. Una parte sustancial de sus periódicos defendía con calor la idea de la anexión de Cuba a los Estados Unidos, y debe ser considerada sólo accidentalmente como compañera de viaje del independentismo mambí. Lógicamente, este grupo de periódicos insurrectos se caracterizaba por su baja calidad editorial, grave irregularidad en la periodicidad, y violencia en sus contenidos. A pesar de ello, sin su consulta no se logra obtener una imagen efectiva del movimiento nacional-liberador por la gran cantidad de noticias de o sobre la insurrección que tal prensa ofrece y por la imagen de la lucha que, desde 1868, va conformando³⁴.

Llamándole «centro» al espectro que abarca la prensa reformista, debe decirse que ésta, al igual que la de los grupos anteriormente seña-

³³ Por pretender este trabajo dar una visión del conflicto desde Cuba, no se ha querido citar o utilizar materiales procedentes de otras regiones, en especial de España, de amplísima producción historiográfica. Sin embargo, por la calidad del mismo, para el lector que le interese la relación burguesía cubana-Revolución de septiembre-Restauración, será provechoso leer el libro de Manuel Espadas Burgos, *Alfonso XII y los orígenes de la Restauración*, Madrid, CSIC, 1975.

³⁴ Dentro del amplio grupo de los periódicos independentistas, no pueden dejar de mencionarse «El Cubano libre», «La Estrella solitaria», durante la revolución del 68; y de nuevo «El Cubano libre», en la del 95. La emigración conoció varios periódicos de importancia, tales como «El Yara», de José Dolores Poyo, en Cayo Hueso, y «El Porvenir», de Enrique Trujillo, en New York. Y por supuesto, «Patria», de José Martí. De vida efímera hubo decenas de libelos independentistas.

lados, estuvo constituida por múltiples variantes, que van desde un reformismo cercano a cierta avenencia con los insurrectos, hasta el reformismo favorable a una solución de «derechas»³⁵. Por supuesto, tal prensa fue la que más sujeta a cambios estuvo, en lo referente a sus proyecciones y posibilidades, después de transcurrido el período bélico comprendido entre 1868 y 1890, por razones obvias. La negativa de los integristas a aceptar reformas en el régimen colonial, y la persistencia del independentismo en obtener la separación, no permitía una oscilación pronunciada en concepciones. Pero los reformistas, haciendo abstracción de la solidez de su proyecto de cambio social en lo atinente a su dialéctica interna, debieron sin embargo estar muy atentos, y valorar y admitir no pocos matices de la prensa de otras tendencias. La realidad descrita se complica si se entiende que los reformistas, en su sector más liberal, impulsaban una abolición de la esclavitud imprescindible en aquellos tiempos, lo que no era aceptado de la misma manera por los jefes de los partidos pro-reformas, deseosos de encontrar una solución conveniente a sus intereses de clase, en común con ciertos sectores afines en Madrid. El factor social se convirtió, por tanto, en elemento capital de la prensa liberal cubana.

A su vez, el marco de las tendencias de la prensa que contribuyó poderosamente a divulgar una visión específica del conflicto se hace aún más enrevesado si se comprende que dicha prensa no sólo existió en Cuba, sino que de manera nada secundaria, hubo periódicos reformistas, integristas, y sobre todo, independentistas, en dondequiera que había emigrados cubanos, diáspora geográfica que abarcaba no sólo los Estados Unidos, sino además América Central, Las Antillas, y —claro está— España. Los periódicos publicados en estas regiones suplían su lejanía de la realidad cubana con las amplias posibilidades de circulación que el extranjero ofrecía, sobre todo para la prensa independentista. Todos ellos, considerados en su conjunto, repetían allende los mares la diversidad política ya señalada, elevando a niveles impensables la gama de opiniones sobre la realidad cubana. Pero todos, considerados en el bloque generalizador de «la prensa», contribuyeron poderosamente a crear una imagen contradictoria, excluyente y no verídica, de

³⁵ En la amplia gama del reformismo liberal se destacaron los periódicos siguientes: «La Discusión», dirigido por Adolfo Márquez Sterling, «La Lucha» que lo dirigía Antonio de San Miguel; y «El Triunfo», «El País», y «El Nuevo País», todos bajo la dirección de Ricardo del Monte, y que se suceden uno a otro sin cambiar o perder su connotación principal: ser vocero de los intereses fundamentales del autonomismo insular. Como ya se aclaró en relación con la prensa independentista, también el reformismo tuvo muchos pequeños periódicos de corta duración.

la validez del conflicto metrópoli-colonia, y de sus vías de solución. Algunos periódicos fueron efímeros, otros no; algunos tenían una importante tirada, otros sólo decenas de ejemplares; algunos contaban con excelentes periodistas, otros eran redactados por «gacetilleros». Pero todos, sin excepción, pusieron su grano de arena en la construcción de una imagen distorsionada —fuese a favor del lado español, o del cubano— de los acontecimientos, que contribuyó en buena medida a la exacerbación multilateral de los sentimientos epocales³⁶.

Como toda revolución nacional-liberadora, el proceso cubano de separación de España enfrentaba dos tareas históricas a cumplimentar: la creación efectiva del Estado Nacional, y el desarrollo de formas de producción capitalistas, que sustituyesen los arcaicos mecanismos existentes³⁷. En el caso específico de Cuba, la abolición de la esclavitud se hacía imprescindible. Romper el vínculo colonial implicaba un rediseño no sólo de la estructura política insular sino, fundamentalmente, de sus relaciones económicas internacionales, a más de cambios sustanciales en el ciclo productivo interno. Todo esto era imposible de realizar sin un desplazamiento de clases, que implicase la desaparición de alguna, el surgimiento de otra, y la reestructuración de los roles sociales de todas³⁸. También debería necesariamente efectuarse un fuerte cambio en la membresía de las mismas, en función del rediseño de la sociedad.

³⁶ Desde el lado español, y en lo referente a la prensa regional, se destacan las burlas que el periódico «El Fanal» de Puerto Príncipe, hace de la lucha revolucionaria. En una parte de su editorial del 28 de septiembre de 1869 se lee: «Ya en diversas ocasiones han logrado escitar (sic) la hilaridad de los habitantes del Camagüey algunos números del «Mambí» y «El Cubano libre», procurando estaciar (sic) el entusiasmo de los pobres ignorantes, que hacen el grueso, o el flaco, de sus claras y desparramadas filas...». Con virulencia de naturaleza tal no podía obtenerse, dentro de los habitantes urbanos de la capital regional, una visión levemente objetiva del conflicto.

³⁷ Ya se sabe que estas tareas son consustanciales con toda revolución nacional-liberadora, en los aspectos del análisis teórico. En ellas el «frente externo» —la liberación colonial, y la subsiguiente creación del Estado— permiten un agrupamiento de fuerzas, y una desagregación de los contenidos clasistas específicos, diferente por completo a los de otros tipos de revoluciones. De ahí la complejidad que las mismas revisten y las confusiones que presentan al historiador poco ducho en valoraciones teórico-metodológicas.

³⁸ Sin aparecer esbozados de manera teórica, ni, por supuesto, desarrollados en esa dirección, muchos de estos problemas se encuentran reflejados en los trabajos de José Martí publicados en *Patria*, con especial énfasis en la misma medida en que se acercaba el estallido de la revolución del 95. De igual forma, los discursos de los jerarcas ideológicos del reformismo en La Habana también recogen los elementos imprescindibles del desplazamiento y la reestructuración de clases que el cambio social que preconizaban necesariamente implicaría.

Abocada a la imprescindible necesidad de un magno cambio social ya en la segunda mitad del siglo XIX, todos los elementos componentes de la sociedad cubana, descontando a los integristas, entendían la importancia de asurnir, en breve plazo, dicho cambio. El vuelco capital a la realidad socio-económica insular podía efectuarse de dos formas: contra España, mediante la creación de un Estado Nacional, o dentro de España, reformulando el *statu* de la Isla. Tanto los defensores de la independencia como los propulsores de las reformas tenían una «justificación histórica» que respaldaba la actitud asumida. En la misma medida en que ambos proyectos se contrastasen, y que el decursar del tiempo priorizase sucesivamente uno u otro, el conflicto metròpoli-colonia asimilaría elementos indiferenciados, que pasarían a formar parte de su caracterización interna³⁹. Dicho de otra manera, liberales reformistas e independentistas contribuyeron igualmente a la construcción de la imagen conflictual entre España y Cuba.

Por debajo de la simple apariencia de enfrentamiento ideo-político cubano-español, se encontraban fuertes discrepancias —antagónicas algunas, conciliables otras— acerca del futuro desarrollo económico de Cuba. En el seno de los no independentistas, las opciones se polarizaban en torno a dos alternativas: pervivencia de la situación, tal y como era el lazo colonial, o reestructurar este, modificando lo que tenía de obsoleto, en función de las demandas del próximo siglo, como impulsaban los sectores más dinámicos de la sociedad española en avenencia con sus similares cubanos. Los independentistas, a su vez, se componían de un grupo poco estructurado y mal definido, quizás el germen nacional de una burguesía no azucarera, para el cual la creación del Estado no implicaba necesariamente profundas transformaciones de la realidad⁴⁰; sin embargo, la gran mayoría del independentismo se agrupaba en torno al proyecto de cambio social propuesto por José Martí, que era, en verdad, el más radical y coherente proyecto surgido en el siglo XIX latinoamericano, y cuya plasmación hubiese representado un vuelco total de la situación socio-económica insular, proyectado en función de las capas intermedias y las masas populares. De la existen-

³⁹ Lo señalado se manifestó en no pocas zonas de Cuba, especialmente en la región de Holguín, en la que muchos de los comités liberales locales sirvieron de cobertura al trabajo independentista. Véase el periódico holguinero *La Doctrina*, cuyo director era el futuro general José Miró Argenter, en especial los números del 14 de enero de 1894, y del 18 de febrero del propio año.

⁴⁰ A mi juicio, ya es un clásico en el tratamiento de estos problemas el libro de Ramón de Armas *La Revolución Pospuesta*, publicado en La Habana por la Editorial de Ciencias Sociales, en 1975.

cia de estas (y a no dudarlo, algunas otras) opciones de cambio, debe mucho la imagen del conflicto⁴¹.

En la construcción imaginaria de este influyó no poco el especial y siempre creciente interés de los Estados Unidos hacia Cuba. Ya ha sido señalado que la relación económica entre ambas regiones no cesó de crecer, distanciando a la Perla de Las Antillas de su metrópoli. Desde Norteamérica, sin entrar bruscamente en contradicciones diplomáticas con España, no se ocultaba por la prensa, o por prominentes figuras de distintas administraciones, la necesidad imperiosa de que la Isla entrase a formar parte de la constelación de las barras y las estrellas; para ello, las campañas difamatorias sobre el sistema de gobierno español en el Caribe eran frecuentes, haciéndose hincapié en la «heterogénea y malsana» composición de razas que España había provocado en Cuba, denigrando sin ambages la civilización aspañola, o, en términos contemporáneos, la hispanidad⁴². Dada la gran cantidad de cubanos emigrados o que estudiaban en el país del Norte, se sobrentiende la influencia que en ellos ejercía la opinión pública, exacerbada en los años de 1896 y 1897. El sistema de gobierno norteamericano era presentado como la única alternativa válida para el pueblo cubano, frente al «desgobierno» de Madrid. Así fue construyéndose una imagen de la inexorabilidad histórica en que se encontraba Cuba de romper definitivamente sus lazos seculares con España, pasando a formar parte de los Estados Unidos⁴³.

⁴¹ Las diferentes valoraciones que sobre matices diversos dentro de los proyectos existentes pueden resaltarse, se ejemplifican en la carta enviada por Raimundo Sánchez, futuro oficial mambí, a Isabel Valdivia, su madre, el 9 de mayo de 1893, en la que, juzgando el llamado alzamiento del Purnio, en Oriente, este joven vierte conceptos nada edificantes de los revolucionarios implicados que actuaron, «bajo la influencia, tal vez, del alcohol». Uno de estos, Ricardo Sartorio, llegaría a General del Ejército mambí. Archivo Provincial de Sancti Spiritus, legajo 1, expediente 40.

⁴² Tales ofensas tuvieron cumplida respuesta en el trabajo de José Martí titulado «Vindicación de Cuba», aparecido en el *Evening Post*, de New York, el 25 de marzo de 1889, que le salía al paso al denigrante escrito que sobre el pueblo cubano y sus tradiciones, virilidad y costumbres, había publicado *The Manufacturer* de Philadelphia, el 16 del propio mes. Ante los denuestos vertidos por el periódico de Pennsylvania, Martí escribió una de sus mejores y más sentidas crónicas. La prensa norteamericana daba así clara muestra de la exacerbación extrema del conflicto.

⁴³ Aunque parezca difícil, no pocos diarios de campaña inéditos, que se encuentran en la Sala Cubana de la Biblioteca Nacional José Martí, reflejan la incompreensión de ciertos sectores de la pequeña y mediana burguesía en relación con los verdaderos intereses de Estados Unidos hacia Cuba. En unos cuantos de entre ellos se percibe, o más aún, se lee, el interés por que la guerra cubano-española termine de manera rápida gracias a la «ayuda» al intervenir en la misma que pueden prestar, al pueblo insular, los gobernantes estadounidenses.

Tampoco puede hacerse abstracción de una realidad singular: en la misma medida en que el conflicto metrópoli-colonia se ventilase con las armas en la mano, es decir, a partir de la propia arrancada del período 1868-1880, la posible avenencia entre Cuba y la madre patria se cerraba casi definitivamente. Hasta esos momentos, la comunidad de idioma, religión, cultura, y no pocos elementos de la psicología nacional, unían a ambos pueblos. Pero la guerra actuó como un factor tremendamente disolvente de dicha unión; al deslindar los campos, todo ciudadano de la Isla quedó encerrado en el marco de «cubano» si era independentista, y anticubano, si no lo era⁴⁴. Miles de muertos en la manigua dotaron a los habitantes de Cuba de un patrimonio de mártires propios, inexistentes hasta entonces, que podía ser asumido con pleno orgullo. Poco importante o no, ficción o no, la República de Cuba en Armas, con sus leyes, su gobierno y sus problemas, fue un incuestionable hecho histórico. Una bandera que reverenciar, y un himno que entonar, completaron el cuadro de la desunión. Para un cubano de 1890, póngase por caso, las hermosas tradiciones nacionales españolas (la Reconquista, el combate contra Napoleón) ya no eran «sus» tradiciones. La Revolución del 68 —«¡Qué guerra la de Cuba!»—, diría con admiración y amor el general Máximo Gómez— y las figuras de Carlos Manuel de Céspedes e Ignacio Agramonte, las habrán sustituido en el imaginario popular. La villa de Bayamo desplazaba a Sagunto, y el río Cauto ganaba para siempre una batalla histórica frente al Tajo, al Ebro y al Guadalquivir.

Analizando desde nuestra contemporaneidad, puede decirse que el conflicto reflejaba la alternativa entre un futuro desarrollo insular dirigido e impulsado «desde arriba», o animado y propulsado «desde abajo», con la consiguiente carga popular que esto implica. En qué forma se desplegaría el desarrollo del capitalismo en Cuba era la cuestión de orden en aquellos tiempos. De la respuesta que se diese a tal pregunta, dependería la posición a asumir ante el conflicto, que podía resolverse con la creación del Estado Nacional, o mediante la reformulación de los términos del mismo, en el sentido en que España dejara un poco de ser la metrópoli, cambiando así el *statu* de colonia de Cuba. Si se hace abstracción del interés norteamericano hacia la Isla, materializado en su intervención en la contienda cubano-española, debe de-

⁴⁴ Sobre esta supuesta dicotomía entre cubano como independentista, y anticubano como evolucionista o antirrevolucionario, se encuentra abundante información en el Centro de Estudios sobre las Guerras de Independencia, en el Museo Casa Natal de Calixto García, en Holguín.

cirse que, avanzada la pasada centuria, la dialéctica interna del desarrollo económico-social cubano exigía la separación del gobierno español después de cuatro siglos de pertenencia⁴⁵, lo cual es históricamente muy distinto a una separación «de España». En efecto, la implantación del Estado cubano no tenía por qué implicar una ruptura nada necesaria con el mundo español, con el que Cuba tenía tantos y hermosos vínculos. Relaciones económicas y culturales de preferencia entre España y Cuba era lo racional en ambos casos⁴⁶. Pero la intervención norteamericana y la deformación por décadas del conflicto, frustraron durante años esta concepción, al nivel macro de la sociedad. Las diatribas contra el hombre español, derivadas de su actuación como soldado, se heredan en la nueva realidad republicana, si bien suavizadas por el intercambio mutuo representado por la incesante emigración de españoles hacia Cuba. Las opiniones de la prensa, los argumentos de muchas obras literarias; la proyección perspectiva de la mujer; la identificación de mambisado con patriotismo; de nación con revolución; la definición del ser nacional dentro de la historiografía por oposición «al otro», ya fuese este España o los Estados Unidos, y el desarrollo paralelo de los acontecimientos históricos y de su construcción narrativa, que mitifican y convierten a los años 1868-1898 en el periodo «heroico», por excelencia de la historia nacional, son algunos de los elementos fundamentales que la visión desde Cuba del conflicto metrópoli-colonia generó, con tanta fuerza como para alcanzar, cien años después, a imponer su presencia en un congreso científico internacional.

⁴⁵ La mejor argumentación con contenido «concreto» sobre la necesidad histórica de la separación de Cuba de su metrópoli la dio Rafael María Merchán en su libro *Cuba: justificación de sus guerras de independencia*, Bogotá, imprenta La Luz, 1896. Sus argumentos son punto menos que irrefutables.

⁴⁶ Siempre será de utilidad recordar la hermosa frase de Martí y Gómez contenida en el *Manifiesto de Montecristi*: «La guerra no es contra el español, que, en el seguro de sus hijos, y en el acatamiento de la patria que se ganen podrá gozar, respetado, de la libertad ...». Frase de amor, y no de odio, escrita por los dos principales jefes cubanos del conflicto.